

## Cuarenta y dos mil kilómetros sin editor

*Ruta 56*

JULIÁN RODRÍGUEZ

Destiempo, Bogotá, 2017, 383 pp., il.

LUEGO DE mirar a la muerte a los ojos, Julián Rodríguez, un zipaquireño de 31 años, compró un jeep Willys del año 1945, lo restauró y junto a su novia Lorena emprendió un viaje que los llevaría por todos los países de Suramérica y les tomaría más de diez meses. euGenio –como Rodríguez bautizó a su jeep– recorrió con paciencia y con más de un problema mecánico los cuarenta y dos mil kilómetros de la ruta 56, nombre que el autor le dio a su travesía debido a una sistemática coincidencia con este número. A lo largo del recorrido, Rodríguez, Lorena (reemplazada en territorio argentino por Diego Salcedo, el mejor amigo de Rodríguez) y euGenio contaron con la ayuda del pueblo suramericano, que los proveyó de calcomanías, sonrisas, camisetas, y dinero. Lo único que faltó en ese gran paseo fue un editor, lo que no deja de ser una verdadera lástima.

No digo que no haya que saludar el emprendimiento del novel escritor, pero es evidente que su libro no pasa de ser un gran amasijo de notas sueltas sin ninguna elaboración. La fórmula narrativa es sencilla, por no decir elemental: el piloto, su copiloto y euGenio llegan a cualquier ciudad del continente. Lo más probable es que hayan tenido que solucionar algún problema de mecánica –que los tuvieron todos, desde luego, y Rodríguez, cuya profesión es ingeniero mecánico, se explaya en detalles que terminan aburriendo al lector más paciente–. Allí los recibe algún “jeepero” de la zona y su agradable familia: les ofrecen posada y un asado de bienvenida. Luego de pasar unos días agradables, siguen su rumbo. Todos los personajes secundarios parecen el mismo, no hay matices entre ellos ni ningún detalle verdaderamente significativo. Son de cartón. Pensándolo un poco, la idea de la buena onda de un único ciudadano suramericano tenía potencial y habría podido explorarse, pero no hay ningún indicio en este sentido, apenas balbuceos de un autor que

se regodea en cuanto lugar común le sale al paso. En algún momento de su trayecto, alguien le regala a Rodríguez un ejemplar de *El alquimista* de Paulo Coelho. No queda claro si tuvo o no la oportunidad de leerlo, pero lo cierto es que hace de su cliché más conocido (“cuando quieres algo, el universo conspira para que realices tu deseo”) el leitmotiv del gran viaje de su vida. Estamos ante este tipo de libro.

Salvo por los detalles genéricos que el autor ofrece de su propia vida, *Ruta 56* es un libro desprovisto por entero de humanidad, como si Rodríguez temiera desairar o quedar mal con alguien. La relación del narrador y Lorena habría podido explorarse más a fondo, pero solo se nos dan pinceladas de la copiloto: una mujer “echada pa’ lante”, con problemas psicológicos y un matrimonio a cuestas. Ahí había un personaje interesantísimo, pero Rodríguez se guarda todos los pormenores que suelen ser la marca de este tipo de viajes y comparte únicamente información tonta y machista, como la que se lee en la página 82:

Por las mañanas, antes de que saliéramos, [Lorena] lavaba nuestra ropa interior y las camisetas que habíamos usado la jornada anterior y luego las colgaba en una cuerda que ella misma había instalado en la parte trasera del jeep, donde se secaban rápidamente gracias al viento que pegaba constantemente.

Una vez Lorena se va, Diego Salcedo ocupa la silla del copiloto. En medio de su pasaje por Brasil, Rodríguez y Salcedo obtienen lo que todos los treintañeros del mundo anhelan: tres jóvenes brasileñas que escoltan su viaje por más de mil kilómetros. Las relaciones entre ellos son asépticas y casi infantiles; el narrador en ningún momento deja de lado su insufrible enumeración de ciudades, carreteras, problemas mecánicos y personas. Nada sabemos de lo que sucedió entre ellos: otra oportunidad desperdiciada tanto por el autor como por el editor.

Por la misma vía, *Ruta 56* exhibe una alarmante falta de trabajo editorial. Todas las decisiones que le competen al editor son desafortunadas. La corrección, que según la bandera realizó María Jaramillo, y más allá de la nota de inicio sobre los usos de la

palabra “jeep” (absolutamente fuera de lugar), es inexistente. El tortuoso recorrido de 383 páginas exhibe todo tipo de burradas de puntuación, falta de acentos, fallas de redacción y de ortografía. El diseño, por otra parte, no mejora en nada la apuesta de esta editorial independiente. El texto está lleno de calaveras, el interlineado parece muy cerrado para el tamaño de la fuente, no hay línea base en la caja del texto, y la tipografía parece haberse elegido a la carrera. Otro asunto es el apéndice fotográfico, que da la impresión de tener los mismos problemas del texto. No pasa de ser un conglomerado de imágenes dispuestas a la buena de Dios. Por el tipo de narración que propone Julián Rodríguez, quizá habría convenido más intercalar las fotografías con el texto.

Luego de leer *Ruta 56*, quedan dos preguntas en el aire. En primer lugar, ¿qué le entregó Julián Rodríguez a Destiempo? Y, mucho más interesante, ¿qué le entregó Destiempo a Julián Rodríguez? Comencemos por la primera. Rodríguez redactó su mamotreto e hizo lo que cualquier escritor haría en su lugar: buscar cómo publicarlo. En su caso, la premisa del diario de viaje parecía, si bien trillada, prometedora, y euGenio daba la impresión de ser un buen sostén para una historia contada por un tipo que si algo tiene es energía. De hecho, si Rodríguez le hubiera dedicado a su narración una mínima parte de la atención que le dedicó al jeep, estaríamos hablando de otra cosa. Pero un libro no se puede sostener únicamente sobre la buena onda y los valedores que pueden generar un jeep Willys y un viaje de esta naturaleza. Tiene que haber algo más, y esto es algo que tendría que ser claro para unas personas que le han dedicado su vida a hacer libros. Sin lugar a dudas, un editor más avezado habría logrado contener y encauzar la verborrea del conductor de euGenio, pero Destiempo, que en el pasado ha publicado libros prometedores, incluso de calidad, y que tiene en su catálogo a narradores de la talla de Evelio Rosero, Alejandro Zambra y Carolina Sanín, no le dio nada a Julián Rodríguez, más allá de su nombre, seguramente distribución y alguna nota de prensa. El resultado no podía ser otro. En los tiempos que

corren para la vigorizada industria colombiana del libro, resulta inquietante que una editorial independiente baje la vara de esta manera.

**Juan F. Hincapié**